

la severidad de los edificios que hacía construir Felipe II. Esa majestad fúnebre que la silueta tiene, desde cualquier punto que se la contemple, parece acusar en el exterior la grandeza del sarcófago de Tavera, colocado en medio del cruce-ro de la iglesia.

Esta obra maestra del arte escultórico, la última producida por el genio colosal de Alonso Berruguete, imprime carácter á todo el edificio y parece que ha hecho que amolde éste sus líneas á ella, como los ataúdes egipcios delineaban la momia faraónica acusando en su exterior todas las formas de la misma.

Berruguete no terminó solo el gran sepulcro del cardenal; su hijo, Alonso de Berruguete y Pereda (el mozo), le ayudó en sus últimos días á esculpir su maravillosa creación. Quedaron, pues, en ella los últimos effluvios de una inspiración artística que agonizaba, para retratar en su estatua incomparable á Tavera que había agonizado ya. Después de imprimir en aquel mármol cadavérico todos los caracteres de la muerte, fué el gran artista, ya cumplida la voluntad del cardenal, á morir en el aposento que hay bajo el reloj en la fachada del Mediodía, el 18 de Julio de 1561.

Fijando la mirada en el dibujo que reproducimos en la plana primera; viendo esas medias tintas misteriosas, ese celaje sombrío, esos oscuros vegetales y la proyección en el fondo del hospital terminado por Hernán González, Nicolás de Vergara y su hijo, aún nos parece, que de ese cuadro entristecido vamos á ver salir por la ventana del aposento el gran espíritu de Berruguete, alejándose de un mundo que dejó enriquecido con los primores de su cincel.

Fijándonos también en el destino del monumento, fundado por Tavera para proporcionar en él auxilios y consue-los al doliente, y pasando, de nuevo, la mirada en la mancha producida por el lápiz de nuestro querido amigo Latorre, veremos un arroyuelo que, como si viniera del hospital, serpenteando por la pendiente, ora escondiéndose en las desigualdades del terreno, ora apareciendo en las planicies del mismo, recuerda ese conocido símil entre las aguas y la vida humana que un muy querido amigo nuestro, Rafael García Santisteban, expresó felizmente en estos versos:

Ya mi vida
va al estío,
cual el río
va á la mar,
y más tarde
irá á su invierno
y á su eterno
descansar.

La música que acompañaba á esta estrofa, la hizo mi inolvidable y queridísimo padre, D. Ignacio Ovejero (q. e. p. d), y sin duda el enlace del cariño filial con las amistades que me unen á Latorre y Santisteban, me hacen oír aquellas sentidas notas, remedo del susurro de las aguas, renovadas en mi oído por la impresión de melancólica poesía que inspira en mi ánimo el monumento y la composición.

Como los hospitales parecen arroyos de emigrantes á la eternidad; los ríos se forman de arroyos confluentes, y los grandes caravanas de Letheo, conduci-

das en barcas misteriosas, van, según el Dante, á desembarcar en el mar eterno de otra vida; acaso el arroyo que desagua en el Tajo, y ese Tajo que corre hasta las playas portuguesas, á desaguar en el Atlántico, nos han sugerido esta serie de lúgubres consideraciones.

Y obedeciendo al timbre que marca la mutación de escena, trasladémonos al famoso y legendario callejón del Toro, asunto del segundo grabado que publicamos en la página 5.

¡Mucha luz! Mucha luz que refracta el enjalbegado muro de una casa elevada; paredes sin ventanas, remedo ó restos de aquellas árabes construcciones que para recatar á la escondida mora prohibían huecos en los muros, ó cuando más, los permitían defendidos por artística y tupida celosía. Los aleros de los tejados separados por centímetros; la reja clásica y elegante, volada fuera del alféizar; el piso empedrado según la costumbre toledana y, con su reguero en el centro, desprovisto de aceras. Un oficial de carpintero, zapatero ó de establecimiento tipográfico, que va á comer á las doce del día, cuando el sol cae á plomo sobre los tejados de la imperial ciudad, corriendo la cuesta abajo, y que parece gritar: «¡Plaza! ¡Voy á ver á la fulana antes de engullirme los garbanzos!»

Y al gritar ¡Plaza!, no lo hace ociosamente el laborioso artista y apasionado amante, porque lugar hay en el callejón en que dos hombres de medianas carnes apuradillos puedan verse para transitar con holgura.

Tan cierto es esto, que se cuenta, que allá por tiempos que no podemos precisar á nuestros lectores, corría por las tortuosas calles toledanas un, para mí, desdichado mortal, perseguido por formidable y poderoso cornúpeto, de esos que hacen, desde el tendido, las delicias de nuestros aficionados á la tauromaquia, y la disección de las vísceras de toreros y cuadrúpedos en el hemiciclo.

Antojáseme crítica, como pocas, la situación del perseguido, porque yo no me percaté de creer el más grande de todos los peligros, contando entre ellos los terremotos, los ciclones, galernas en alta mar, acreedores con título que lleva aparejada ejecución, suegras impertinentes, amigos officiosos, etc. etc., eso de correr con un producto cultivado por Vergara, Varela ó Concha Sierra á la zaga y

con unos pies, ¡Dios mío,
si tenía seis ó siete....!

como dijo Frontaura, con muchísima razón, en su zarzuela *En las astas del Toro*....

Pues bien; consideren aquellos de mis benévolos lectores que tengan á los protagonistas de la tragedia tauromáquica la respetuosa consideración que yo les tengo, cual sería la, para mí razonadísima, veloz carrera del sujeto en cuestión, perseguido por un berrendo (si lo era y así se llama) por estas callecitas moriscas llenas de históricos peñascos, teniendo que mover las tabas vertiginoso y precavido y obligado á volver atrás la cabeza de cuando en cuando por mor de la proximidad de su implacable amigo..... Y dígame si no tendría por maravilloso

conjuro, feliz arte de mágico encantamiento, ó resultado providencial de oportunismo arquitectónico, el que la estrechez del callejón famoso fuera tal—¡estrechez nunca bien recompensada!—que no permitiera el paso á las afiladas armas que la fiera ostenta en su coronada cabeza! ¡Así fué! La abertura colosal de sus facultades *cornu-punzantes* no cupo en una de las revueltas del callejón..... Habrá pocos mortales y pocos callejones tan afortunados y tan convenientes.

Saludemos, pues, con reconocimiento al autor de tan peregrina disposición de una calle, y cerremos estas diluías noticias, borrando, si lo hemos conseguido, los negros celajes del principio con esta pequeña intentona humorística, pero cierta, en lo que á mi *respeto* se refiere.

JOSÉ MARÍA OVEJERO.

REMITIDO

POSESIÓN DE ALFÉRECES

Sr. D. José María Ovejero.

Muy señor mío y distinguido amigo: V. me encargó que le escribiera algo sobre el para mí memorable acto del día 11, y me apresuro á complacerle porque no puedo negar nada á quien tanto me ha honrado con sus atenciones.

Y no es esto, señor director, mera reciprocidad rayana con la social galantería, no; es ese afecto sincero y espontáneo que se llama simpatía, hermano carnal del cariño y de la amistad.

Empiezo á escribir bajo la impresión de una penosa idea: sé que voy á hacerlo mal. Pero como es preciso estar tranquilo de espíritu, y recordando que dicen «que el que no se consuela es porque no quiere», me las he echado de filósofo, y hé aquí que pensando, pensando, he venido á dar con el antiguo adagio latino: «errando, errando, deponitur error», que, aunque nosatisface por completo, algo es algo, y con su ayuda trataré de explicarme.

La formación fué algo parecida al cuadro, cuya cuarta cara, irregularmente constituida por el Profesorado y una pequeña parte del público, no llegaba á cerrar el perímetro.

Cuando los ex alumnos aparecieron con las insignias de oficial, unos azorados y vergonzosos, otros con cierto aire de novatillo, fueron colocándose indistintamente á ambos lados de la bandera.

El teniente coronel terminó la relación de los flamantes oficiales, y cinco minutos después, más de un centenar de uniformes presentaban vistoso conjunto.

Aquella colocación me pareció que tenía algo de simbólica. Veía á mi lado la bandera bicolor, esa enseña sagrada que representa para el militar su primer juramento, tras del que en indisoluble eslabonamiento se desarrolla la cadena de deberes que empieza por el saludo de ordenanza y termina por el estoico sacrificio de la vida. En aquellos momentos